



El liderazgo de un guerrero

El paso de Vicente Guerrero por el Ejército Insurgente inició en noviembre de 1810, cuando se adhirió a la gesta poniéndose a las órdenes de José María Morelos y Pavón, a quien sustituyó en el mando de la tropa rebelde el 22 de diciembre de 1815, manteniendo viva la llama independentista

POR CARLOS BETANCOURT CID *
comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

Tras el sacrificio de Morelos, en San Cristóbal Ecatepec, acaecido el 22 de diciembre de 1815, el liderazgo militar de los insurrectos cayó en Vicente Guerrero, defensor conspicuo de la Independencia que mantuvo encendida la llama del gobierno insurgente.

Nacido en los primeros días de agosto de 1782, en el poblado de Tixtla, emplazado en el estado que hoy lleva su nombre, se desarrolló Vicente Ramón Guerrero Saldaña, dedicado a uno de los negocios familiares: la arriería. Su oficio le permitió conocer como la palma de su mano caminos y vericuetos del territorio donde, en edad madura, encabezó la insurgencia en beneficio de su patria.

Desde pequeño aprendió, quizá bajo la tutela de profesores privados, los elementos suficientes de lectura y escritura, así como los de matemáticas. No era un hombre culto, pero tampoco se contaba entre los millones de analfabetas de los ámbitos rurales del virreinato.

Su inclusión en la lucha independentista se dio en noviembre de 1810; se sumó a la insurgencia, junto con Hermenegildo Galeana, poniéndose a las órdenes de José María Morelos. Al año siguiente, su conocimiento de la zona sureña le permitió colaborar de manera destacada en la toma de su poblado natal y de Chilpancingo. Desde entonces, su presencia en la vanguardia rebelde se haría notar, y escaló posiciones, gracias a sus méritos, en el ejército revolucionario.

Pese a encontrarse recluido en una zona del país de difícil acceso, la estrategia de guerra de guerrillas que aplicó contra sus enemigos le permitió ser calificado como una constante amenaza al orden establecido.

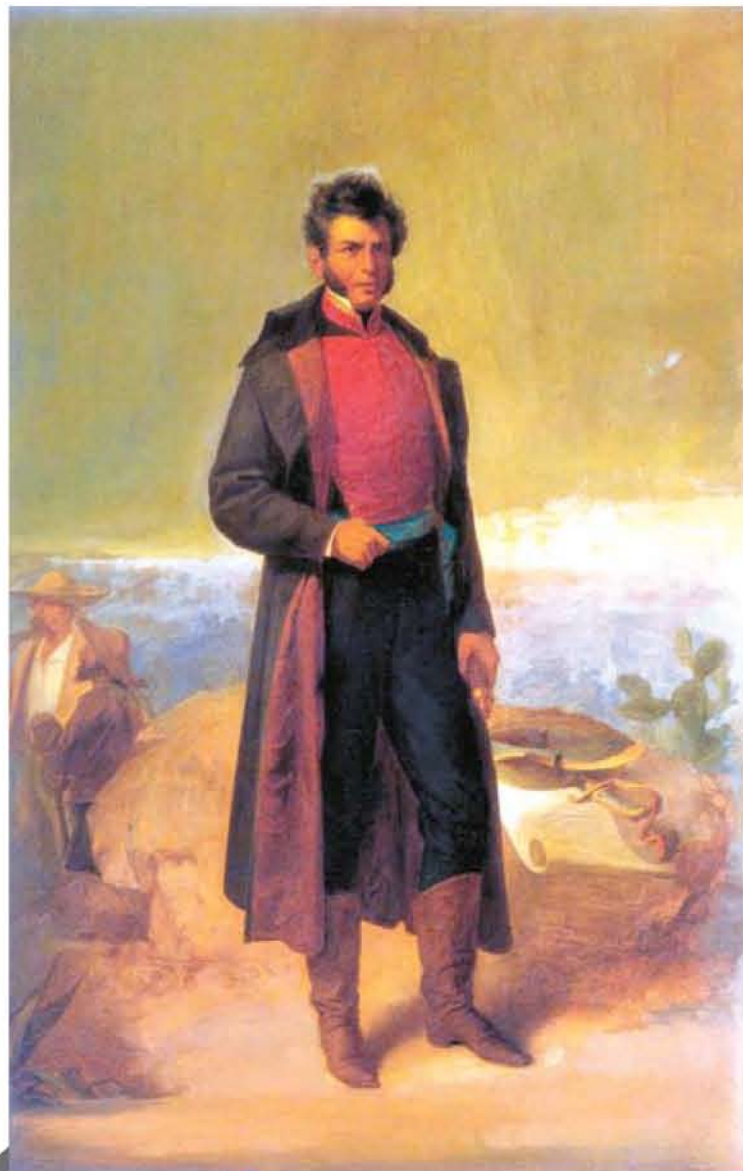
En las comunicaciones entre las autoridades virreinales no lo bajaban de *cabecilla*, líder de una *despreciable gavilla* y no de un ejército disciplinado, como efectivamente lo fue. Frustración y desconcierto eran las constantes en el ánimo de sus enemigos, quienes se veían imposibilitados para vencerlo.

Las maniobras para obtener la sumisión de sus tropas incluyen la famosa anécdota en la que su propio padre, en nombre de las autoridades virreinales, le intimó su rendición, poniendo de por medio la vida de sus familiares más cercanos. Es de sobra conocida la respuesta que expresó, en la que se encierra la frase que proyectaba su convicción ante la encomienda sostenida sobre sus hombros: "La Patria es primero".

De entre sus acciones revolucionarias, es indeleble el recuerdo de su participación en la consumación de la etapa beligerante, que se había prolongado durante más de 11 años. Con toda razón, se le relaciona en este proceso con Agustín de Iturbide, a quien se debe, sin duda, la aplicación del plan que resultó en la independencia de la Nueva España. Sin embargo, los testimonios de la época revelan que la estrategia ejecutada para lograr el anhelado resultado que se concretó el 28 de septiembre de 1821, con la firma del Acta de Independencia del Imperio Mexicano, estaba entre los planes del caudillo sureño, incluso desde antes de contactar a quien después sería reconocido como Agustín I.

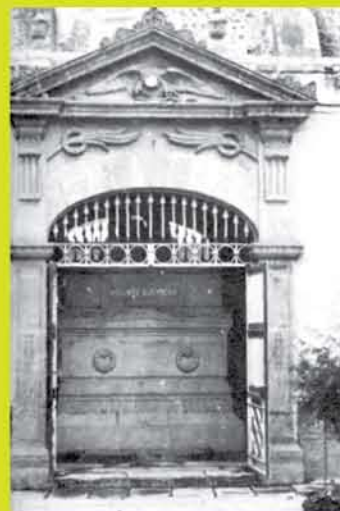
Una misiva fechada el 17 de agosto de 1820, dirigida al coronel realista Carlos Moya, trasluce cuáles eran las expectativas de Guerrero en esos momentos, ante la posibilidad de llevar a buen término su misión libertadora. Poniendo como ejemplo el levantamiento de Rafael de Riego, en España, que reinstaló la hegemonía de la Constitución gaditana de 1812, frente al absolutismo de Fernando VII, le comunica a su corresponsal la posibilidad que entreveía para, con ese modelo, alcanzar la independencia tan deseada.

Pero no se trataba de solicitar concesiones para su persona, ni mucho menos asumir un liderazgo ante



GENIO Y FIGURA

Guerrero, pintado por Ramón Sagredo, nació los primeros días de agosto de 1782, en Tixtla.



Sepulcro del general Vicente Guerrero, fallecido en 1831.



Estatua de Guerrero en el Panteón de San Fernando, en el DF.

Fotos: Cortesía del INEHRM

la situación que lo convirtiera en el principal ejecutor del plan.

Su propuesta al militar realista era subordinarse ante su autoridad, siempre que el coronel asumiera como suya la causa mexicana y desconociera, desde luego, la autoridad del soberano Borbón. Prueba de ello es la poca presencia que tuvo en los actos simbólicos y fácticos que pusieron fin a la lucha y la ausencia de su firma en el acta independentista.

Su ambición no estaba más allá de ver realizados los sueños de independencia de su pueblo. Por desgracia, el plan no fue aceptado por su contraparte, y no fue sino hasta casi un año después cuando Iturbide llevó a cabo algo semejante.

En un momento, Guerrero comprendió que la elevación de Iturbide como emperador era una buena solución para iniciar el derrotero independentista. Depositó su confianza en el ejecutor del Plan de Iguala y se retiró de la escena política. Pero su convicción por el bien de la patria lo condujo nuevamente al campo de guerra cuando el despotismo del soberano criollo se hizo constante en el ejercicio del poder. La tarea todavía no estaba terminada.

Una vez resuelto el trance del fallido Primer Imperio Mexicano, sus ansias republicanas se cristalizaban con la llegada al poder del primer presidente, Guadalupe Victoria. La Constitución federalista de 1824, con tendencia republicana, le daba la confianza suficiente para considerar que, ahora sí, el tra-

mo que seguía no estaría tan lleno de aristas. Sin embargo, la inestabilidad que generaba la escasa organización en los ámbitos del poder lo colocó nuevamente en el ojo del huracán.

La sucesión de 1828 se convirtió en el principio del declive del notable insurgente, quien se encumbró en la Presidencia, aun después de ser derrotado en los comicios por Manuel Gómez Pedraza, tras un golpe de Estado, conocido como el motín de La Acordada.

La ilegitimidad que rodeaba a su mandato le acarreó muchas dificultades, tantas que, al dirigirse a emprender acciones contra una sublevación encabezada por el vicepresidente, Anastasio Bustamante, el momento le aprovechó para sus enemigos para destituirlo del poder, alegando su incapacidad para ejercerlo. El decreto que lo dictó, del todo anticonstitucional, lo condujo otra vez a las tierras del sur, desde donde inició una nueva lucha. Sin embargo, la traición esperaba paciente para ensombrecer su brillante trayectoria.

El pérfido genovés Francisco Picaluga, quien tras recibir un pago de 50 mil pesos, lo invitó con engaños a comer a bordo de su barco, para después aprehenderlo y entregarlo a las autoridades, quienes le formaron causa sumaria, en la que se le sentenció a muerte. Falleció fusilado en Cuilapan, Oaxaca, el 14 de febrero de 1831.

*SUBDIRECTOR DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA/INEHRM